

Explorando una vida antifrágil: más allá de la optimización clásica

Por Dr. Oliver López-Corona



Hace unas horas, mi querido amigo Giovanni Hernández compartió este video en nuestro grupo de chat de exalumnos mexicanos del #RWRI (Real World Risk Institute)... A continuación, el resumen de cientos de mensajes discutiendo el video:

 <https://youtu.be/SXutqNKWWdU?si=gCesJ7sNYXrCfiu1>

Diseñar una vida antifrágil: más allá de la optimización clásica

La idea de diseñar una vida “óptima” ha sido tradicionalmente abordada desde la optimización lineal, asumiendo que existe una función objetivo conocida que podemos maximizar. Sin embargo, desde una perspectiva antifrágil, este enfoque resulta limitado y frágil. La vida no es un problema clásico de optimización porque su función objetivo es dinámica: evoluciona conforme exploramos el espacio de configuraciones posibles. En lugar de aspirar a maximizar un ideal fijo, un enfoque antifrágil nos invita a explorar estratégicamente nuestro entorno, exponiéndonos a dosis controladas de aleatoriedad y variabilidad que fomentan la adaptación y el crecimiento frente a la incertidumbre.

Taleb clasifica los sistemas en tres tipos fundamentales: frágiles, robustos y antifrágiles. Un sistema frágil colapsa ante el estrés, uno robusto lo resiste, y uno antifrágil en realidad se beneficia de él. La clave para diseñar una vida antifrágil radica en identificar qué aspectos de nuestra configuración personal y social prosperan bajo el desorden y la variabilidad.

La vida como un espacio de configuración multidimensional

El espacio de configuración de la vida no es un sistema simple; es multidimensional, y sus variables de estado no siempre son evidentes. Además, no todo este espacio es accesible: su topología está moldeada por la dependencia del camino, lo que significa que las decisiones pasadas condicionan las opciones futuras. Asimismo, el acceso a distintas regiones de este espacio cambia con el tiempo, lo que hace que la exploración adaptativa continua sea esencial.

Si modelamos la vida como un sistema de partículas en interacción, nos damos cuenta de que ningún individuo existe en aislamiento. Hay interacciones entre las partículas (agentes sociales), cuya influencia disminuye con la distancia. Taleb señala que en tales sistemas, la resiliencia y la información emergen del comportamiento colectivo, al igual que en los mercados financieros o los ecosistemas. En este sentido, una vida antifrágil no se optimiza de forma individual, sino dentro de una red dinámica de relaciones e influencias.

Más que optimización: exploración mediante vuelos de Lévy

Dado que no conocemos la función objetivo de la vida (y de hecho, es dinámica), la estrategia óptima no es una búsqueda sistemática de un ideal estático, sino una exploración heurística. La mejor estrategia de búsqueda en entornos inciertos y complejos se basa en los vuelos de Lévy —un patrón de exploración caracterizado por saltos aleatorios de distintas magnitudes, que permite una combinación eficiente de búsqueda local y exploración a larga distancia.

Esta estrategia evita quedar atrapado en óptimos locales y permite ajustes dinámicos en función de la retroalimentación en tiempo real. Cada configuración de vida no debe evaluarse en términos absolutos, sino en su capacidad para generar mecanismos antifrágiles. En cada paso deberíamos preguntarnos:

- ¿Mi antifragilidad es mayor en este estado que en el anterior?
- ¿Qué mecanismos subyacentes de antifragilidad están operando aquí?
- ¿Funcionan mejor que en el estado anterior?

Este enfoque evita el error de perseguir una definición estática del éxito y, en cambio, promueve una adaptación continua a condiciones cambiantes.

La función objetivo como un conjunto de autovectores antifrágiles

Aunque la vida no tiene una función objetivo fija, ciertos principios parecen universales para construir una existencia plena y antifrágil. Estos principios pueden pensarse como autovectores del espacio de configuración de la vida —elementos estructurales que permanecen estables a pesar de la variabilidad. Algunos ejemplos incluyen:

- Participar en actividades creativas o significativas con competencia (no con competitividad).
- Pasar tiempo con seres queridos.
- Mantener actividad física.
- Dormir y alimentarse bien.

Estos principios operan de forma similar a la hormesis, donde una dosis adecuada de estrés fortalece en lugar de dañar. No obstante, su aplicación requiere ajustes constantes, ya que cada persona responde de forma diferente a los estímulos.

Tradiciones y la ergodicidad del conocimiento colectivo

Uno de los desafíos fundamentales al diseñar una vida antifrágil es que solo podemos evaluar a posteriori si nuestras elecciones fueron beneficiosas. Desde la perspectiva individual, esto crea una barrera computacional irreductible: se necesitaría toda una vida para saber si una estrategia funcionó. Sin embargo, si pasamos del análisis de una trayectoria única al estudio de un conjunto de vidas, podemos aprovechar la ergodicidad del conocimiento colectivo.

Las tradiciones ancestrales, cuando se interpretan adecuadamente, son funcionalmente equivalentes en sus resultados finales, ya que han sido moldeadas durante incontables generaciones como estrategias heurísticas de supervivencia. La tradición mexicana, por ejemplo, dividía el año en ciclos de veinte días, cada uno dedicado a cultivar un aspecto específico de la vida. Esta estructura no solo organizaba el tiempo, sino que también establecía un marco de exploración antifrágil, exponiendo sistemáticamente a las personas a desafíos y aprendizajes diversos.

Siguiendo esta lógica, las tradiciones religiosas pueden verse como estructuras ergódicas que encapsulan información sobre cómo vivir de forma antifrágil en distintos contextos ambientales y culturales. No todas las tradiciones son igual de útiles en todos los entornos, pero aquellas que han perdurado milenios probablemente codifican principios fundamentales de antifragilidad.

Aplicaciones modernas: entre el *Incerto* y las estrategias adaptativas

En el mundo actual, donde muchas estructuras tradicionales se han erosionado, existe una versión secular de este marco en la obra de Taleb, particularmente en el *Incerto*. Estudiar y aplicar estos principios permite estrategias adaptativas basadas en:

- **Evitar la fragilidad vía negativa:** en vez de aspirar a una vida ideal, enfócate en eliminar lo que la debilita.
- **Implementar mecanismos de convexidad:** asegurar que los riesgos asumidos ofrezcan mayores beneficios potenciales que desventajas catastróficas.
- **Practicar la experimentación controlada:** probar distintas configuraciones de vida en pequeñas dosis antes de comprometerse por completo a un camino.

Curiosamente, el propio Taleb sigue una tradición religiosa, lo cual sugiere que combinar principios modernos con estructuras ergódicas ancestrales podría ser una estrategia óptima a largo plazo para lograr antifragilidad.

Hacia una guía para una vida antifrágil

La búsqueda de una vida antifrágil no se trata de una optimización clásica hacia un ideal fijo, sino de una exploración continua dentro de un espacio dinámico. En este contexto, los vuelos de Lévy, los principios ergódicos heurísticos y la integración de estructuras tradicionales pueden servir como guías prácticas para la toma de decisiones.

En lugar de definir una “vida óptima”, el objetivo es diseñar mecanismos que maximicen nuestra capacidad de beneficiarnos del desorden y la incertidumbre —asegurando que nuestras decisiones no solo nos vuelvan más resilientes, sino que nos permitan prosperar en un mundo en constante cambio.
